

D. SANTÍSIMA TRINIDAD. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 3,16-18.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo:

-Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

LA INMENSA FUERZA DE DIOS

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él», estas fueron las palabras de Jesús a Nicodemo con las que comienza el Evangelio de hoy. El Padre nos ha dado a su Hijo para salvarnos y esto supuso la muerte de Jesús y una muerte de Cruz.

Pero «¿por qué ha sido necesaria la Cruz?» La respuesta solo es una, por la gravedad del mal que nos esclaviza. La Cruz de Jesús pone de manifiesto dos cosas: «toda la fuerza negativa del mal» y «toda la mansa omnipotencia de la misericordia de Dios».

Aunque la Cruz parezca evidenciar el fracaso de Jesús, la realidad es que la Cruz «rubrica su victoria». En el Calvario, los que se burlaban de Él le decían: «si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz», pero la verdad era la contraria: precisamente porque era el Hijo de Dios, Jesús «estaba allí, en la Cruz, fiel hasta el fin al designio del amor del Padre».

La Cruz de Jesús es, pues, el signo del amor, del «amor infinito de Dios» por cada uno de nosotros y el fundamento de nuestra salvación. De esa Cruz brota «la misericordia del Padre» que abraza al mundo entero. Por medio de la Cruz de Cristo el maligno ha sido vencido y la muerte derrotada. Se nos ha dado «la Vida» y se nos ha devuelto «la Esperanza»

Hoy en la Iglesia celebramos la «Fiesta de la Santísima Trinidad». Nos puede parecer que celebramos algo extraño y lejano, que no va con nosotros, pero no es así. Celebramos, ni más ni menos, que «conocemos a Dios». Y conocemos a Dios porque «Dios se nos ha dado a conocer».

Es cierto que a Dios nadie le ha visto jamás, que nuestros ojos no pueden sentirlo, pero en el mundo, en la vida de los humanos, se nota su presencia, como un viento que no se ve pero que está ahí, dobla los árboles, levanta las olas e hincha las velas de los barcos.

Pero también es cierto que «en Jesús lo hemos visto actuar», lo hemos tocado. En Él conocemos el rostro de Dios, la plenitud de la Vida, el Amor sin medida. Esto nos revela que solamente «en la medida que seamos capaces de amar como Él» podremos conocer a Dios.

La Trinidad - Padre, Hijo y Espíritu Santo - no es una verdad para creer sino la base de nuestra experiencia cristiana. «La búsqueda de un encuentro vivo con Dios» será siempre una «aproximación al misterio Trinitario». No se trata de demostrar la existencia de la luz, sino de «abrir los ojos para ver». Diferenciar las tres personas de la Trinidad puede ser útil para comprender mejor a Dios. Eso sí, teniendo claro que: ni el Padre sólo crea, ni el Hijo sólo salva, ni el Espíritu Santo sólo santifica. «Todo es siempre obra del Dios Uno».

Dios crea como uno, pero nosotros podemos descubrir mejor el sentido de esa creación si descubrimos que cada persona de la Trinidad deja su impronta en las criaturas. El Padre comunica una «profundidad» misteriosa e inexplicable, el Hijo, una dimensión de «luz y de inteligibilidad» y el Espíritu Santo una perspectiva de «comunidad y amor». Cada una de las tres personas se entrega total y plenamente a las otras dos, porque su esencia es amar y servir. El Dios Trinidad ha venido a nuestro mundo para hacernos partícipes de su amor y, por tanto, de su proyecto que es que cada uno de nosotros haga camino en el amor para llegar hasta Él.

Experimentar que Dios **«me ama personalmente»**, en esos pequeños pero a la vez grandes detalles que la vida nos ofrece cada día, puede ser lo más decisivo para un acercamiento a Él. **«Acercarse a Dios es descubrir la Trinidad»**. Y eso se produce cuando **«descubrimos a Dios en nosotros, como parte de nuestro ser»**, cuando **«descubrimos a Dios con nosotros en los demás»** y, por último, cuando **«descubrimos al Dios que nos trasciende»** y que completa nuestra imagen de Dios.

Hoy no tiene mucho sentido la disyuntiva entre creer o no creer en Dios. Todos tenemos nuestro Dios o nuestros dioses. Hoy la disyuntiva está en creer en el Dios de Jesús o creer en algún ídolo.

Porque conocemos a Dios sabemos quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos y, lo más importante, **«sabemos vivir»**, sabemos el modo de no echar a perder nuestra vida.

En Jesús hemos conocido que Dios es Padre y Madre, Médico y Pastor, Agua y Luz y que nosotros, los humanos, somos **«hijos»**, no esclavos, **«peregrinos»**, porque ésta no es nuestra casa y **«pecadores»** porque nos equivocamos muchas veces a lo largo de nuestra vida. Pero gracias a Dios podemos seguir adelante porque **«contamos con su amor y su ayuda»**

En Jesús hemos visto que **«Dios nos quiere»** como las madres quieren a sus hijos, más cuanto más las necesitan. En Jesús hemos visto que Dios se siembra como semilla, que es **«Palabra constantemente derramada»**. En Jesús hemos visto que Dios es un viento poderoso que es capaz hacer de nosotros nada menos que **«Hijos»**.

Y esto **«cambia»** nuestra vida entera. La llena de **«máxima confianza»**, de **«máxima dignidad»**, de **«máximo compromiso»**. Su Palabra será nuestra sabiduría, nos dejaremos llenar de su viento y seremos **«creadores»** para continuar su obra. Y por todo ello se nos llena el corazón de **«gratitud»**.

Esto es lo que conocemos de Dios y de nosotros mismos, porque lo hemos aprendido de **«Jesús de Nazaret»**. Él es el centro de nuestra fe. Nosotros **«creemos en el Dios de Jesús y sólo en Él»**.

Creemos en su presencia en el mundo, en su acción, en su fuerza, en su viento, en su Espíritu que está presente y sopla constantemente en el mundo. Creemos en Jesús, el hombre lleno del Espíritu y tan lleno que en Él vemos cómo es Dios y **«cómo podemos y debemos ser nosotros»**.

«Vivir es lo que importa». Por eso importa tanto conocer, porque el conocimiento transforma la vida. Es la fuerza de la Fe que **«cambia la vida»** porque **«conocemos algo de Dios»**. Lo que nos importa de veras de todo esto es **«aceptar esta Buena Noticia»** que es el Evangelio, que nos dice que Dios es Padre y Aliento de Vida, que eso lo hemos visto en el Hijo y que somos hijos por la fuerza de su Espíritu que está en nosotros.

Es el Espíritu que trabaja por la salvación de todos sus hijos y que para eso **«cuenta con nosotros»**. ¡Que en la oscuridad de las dificultades que estamos atravesando, seamos **«velas encendidas»** que recuerden que la luz prevalece sobre las tinieblas! ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
7 de junio de 2020

